

WIKILEAKS, OBAMA Y ZAPATERO

La sumisa relación de España con Estados Unidos

Los cables de la embajada estadounidense en Madrid, revelados por Wikileaks, y que van desde 2005 hasta 2010, aportan las pruebas y los nombres de la insólita sumisión de las autoridades socialistas españolas ante Estados Unidos. Detrás de una fachada de aparente firmeza e independencia, la realidad mostrada por los documentos diplomáticos es la continuidad del servilismo aznarista.

Por ROBERTO MONTOYA *

Esta mañana, una vez que el ministro de Defensa ha jurado su cargo, le he dado la orden de que disponga lo necesario a fin de que las tropas españolas destinadas en Irak regresen a casa en el menor tiempo y con la mayor seguridad posibles. Estas fueron las palabras pronunciadas por José Luis Rodríguez Zapatero el 18 de abril de 2004, sólo un día después de asumir la Presidencia. Cumplía así su promesa hecha un año antes.

El 12 de Octubre de 2003, cuando aún era candidato, Zapatero no se levantó de su silla, como hicieron los demás ministros, políticos, militares y diplomáticos, al paso de la bandera estadounidense, durante el desfile por el tradicional Día de la Hispanidad. Pero Washington no creía entonces que ese "subversivo" socialista pudiera destronar del poder al fiel José María Aznar. Pero lo destronó, en las elecciones del 14 de marzo de 2004, tres días después de los atentados fatídicos Atocha.

Sólo un mes antes, el 13 de febrero, el entonces embajador estadounidense en Madrid, George L. Argyros, enviaba un mensaje a sus superiores en el Departamento de Estado —revelado ahora por Wikileaks (1)— en el que daba cuenta pormenorizada de las encuestas y probabilidades del PP y el PSOE en las urnas. En él estimaba que, a pesar de que millones de españoles se habían manifestado un año antes en la calle contra la guerra, ese no sería un factor importante en los comicios, "a menos

que España sufra importantes bajas entre los 1 300 efectivos que tienen en Irak" (2).

El embajador Argyros mantuvo hasta el último momento su esperanza de que el líder socialista no cumpliera su promesa si sucedía algo que le permitiera lavar la cara, si la ONU pasaba a jugar un papel importante en Irak, como demandaba Zapatero. Así lo expresaba Argyros en otro cable del 18 de marzo de 2004 (3).

La retirada de las tropas fue el momento más crítico de las relaciones diplomáticas entre España y EE UU desde el Pacto de Madrid firmado en 1953 entre el dictador Francisco Franco y el presidente estadounidense Dwight Eisenhower.

Para el dirigente comunista Manuel Azcárate (1916-1998), dichos acuerdos suponían un apoyo abierto al régimen de Franco, que distanció a Washington de aliados importantes, como Londres y París (4). Por su parte, Carlos Alfonso Zaldívar analizó cómo aquel Pacto de Madrid hizo que EE UU fuera visto por la opinión pública española como "el principal apoyo al régimen de Franco".

"Durante más de dos décadas", añadía Zaldívar, "esta percepción penetró hondamente en la mentalidad de los españoles, dando lugar a un proceso de inversión del panorama del siglo XIX: los franquistas —herederos de una derecha históricamente antiestadounidense— aparecen como los amigos de Estados Unidos; y los liberales y demócratas españoles —cuyos antepasados habían asumido en España la defensa de los valores de la Constitución de Estados Unidos— se sienten abandonados o traicionados por unos Estados Unidos que pactan con el dictador que los persigue" (5). Los acuerdos entre los dos países llegaron, como decía Zaldívar, "Tras un siglo de enemistad abierta, seguido por tendencias al olvido".

Desde la firma del Pacto, Washington no había experimentado un desaire semejante al que protagonizaría Zapatero. Fue el momento más tenso en la relación de los dos países en más de medio siglo.

Washington confiaba inicialmente que Zapatero siguiera los pasos de Felipe González, recordando que éste, si bien como candidato presidencial abogó, a inicios de los años 1980, por el "OTAN no, bases fuera", una vez en el poder, terminaría teniendo a uno de sus principales colaboradores, Javier Solana, como primer socialista secretario general de la OTAN. La expectativa a que ese precedente se repetiera se comprueba en el cable del embajador Argyros antes citado (6).

Zapatero ha cedido y cedido, ante las presiones de Estados Unidos, en todos los terrenos

A pesar de ello, Zapatero no esperaría a la llegada de un demócrata a la Casa Blanca para intentar recomponer las relaciones. El presidente español buscó rápidamente hacerse perdonar por Bush. El 15 de enero de 2005, el embajador Argyros escribió un mensaje clasificado en el que detalla los ingentes esfuerzos de Zapatero para recomponer las relaciones con EE UU (7). Entre los esfuerzos que destacaba figuraban el aporte de España de 20 millones de dólares para las elecciones iraquíes y su gestión ante países árabes para incitar a los suníes a participar en los comicios; el ofrecimiento de entrenar personal de seguridad iraquí en España; el aumento de tropas y asunción de mayores responsabilidades en Afganistán; el discurso del rey Juan Carlos en EEUU resaltando la importancia de las relaciones entre ambos países, y un largo etcétera.

El Gobierno de Zapatero aceptó también las presiones de Washington para que los bancos Santander y Sabadell cerraran sus oficinas en Teherán y que Repsol abandonara un gran proyecto

gasfístico en Irán (8). La batalla para aislar a Irán afectó, entre 2004 y 2008, además a los intereses de Iberia, Repsol, Telstar y Unión Fenosa (9).

Zapatero hizo también, antes de la llegada de Obama al poder, otros "gestos" con la Administración de Bush, que supusieron lisa y llanamente una complicidad con las violaciones de los derechos humanos practicadas por Estados Unidos bajo el paraguas de la "guerra contra el terror".

Es el caso de la actitud asumida por el Gobierno frente a las tres causas judiciales abiertas en España que implicaban directamente a militares estadounidenses en asesinatos —el "caso Couso"—, secuestros y torturas —el caso de "los vuelos de la CIA", cuyos aviones siguieron haciendo escala en diez aeropuertos españoles hasta 2007, tal como lo venían haciendo desde 2002 con Aznar— y el "caso Guantánamo", por las torturas y detención ilegal, entre otros cientos, de prisioneros españoles.

La complicidad del PP y el PSOE en ocultar estos trapos sucios de sus respectivos gobiernos ya era evidente, pero los cables de la embajada estadounidense, revelados por Wikileaks, aportan las pruebas y los nombres de la sumisión de las autoridades españolas ante EEUU. Estos cables, que van desde 2005 hasta 2010, muestran cómo prometen al embajador estadounidense hacer todo lo posible para que se archiven esas causas, desde el propio fiscal general del Estado español, Cándido Conde-Pumpido y el fiscal jefe de la Audiencia Nacional, Javier Zaragoza, pasando por la ex vicepresidenta primera, María Teresa Fernández de la Vega, el entonces ministro de Justicia, Juan Fernando López Aguilar, y su directora de Relaciones Internacionales, Cristina Latorre; el ex titular de Exteriores, Miguel Ángel Moratinos, Bernardino León, secretario general de la Oficina del Presidente —"el chico de oro del Ejecutivo", según el embajador Solomont— y muchos otros altos funcionarios de Zapatero.

En los cables de la embajada en Madrid filtrados por Wikileaks hasta ahora, fundamentalmente los del periodo 2005-2008, mientras la legación diplomática estuvo en manos del embajador cubanoamericano Eduardo Aguirre, quedan retratados todos ellos de una manera vergonzosa. "De la Vega subrayó que España no tiene reparos a los vuelos de

* Periodista y escritor, autor de: *El imperio global* (El Ateneo, Madrid, 2003) y *La inmunidad imperial* (La esfera, Madrid, 2005).

Las elecciones del 2 de noviembre concluyeron con un maremoto republicano sin precedentes desde... 1938. ¿Cómo explicar un cambio tan drástico dos años después de la elección triunfal de Barack Obama?

Por ERIC KLINENBERG Y JEFF MANZA *

El mandato recibido por Barack Obama en 2008 consistía en cambiar radicalmente la política social y económica estadounidense. En su momento, la promesa se celebró con una explosión de alegría. Dos años después, cuando los demócratas acaban de sufrir una derrota electoral, salta a la vista que ese momento histórico se ha convertido en un desastre.

En campaña, Obama prometía gobernar con audacia y recuperar la esperanza modificando los parámetros habituales de la batalla electoral. A diferencia de Albert Gore o John Kerry, había logrado movilizar a una gran red de militantes con todas las característi-

cas de un movimiento de masas. A diferencia de Hillary Clinton, su rival demócrata, contaba con el apoyo no sólo de la gran mayoría de progresistas —generalmente escépticos—, sino también de varios millones de jóvenes seducidos por su mensaje voluntarista (1).

Al día siguiente de su elección, el jefe de campaña de Obama seguía afirmando que la nueva administración tomaría las riendas de la oportunidad política que se le ofrecía, porque, señalaba, "sería una pena que una crisis tan grave no sirviera para nada". Por lo tanto, serviría para hacer tambalear al sistema. Reforma financiera, reforma del sistema de salud, reforma de los medios de comunicación, elaboración de un "paquete" de medidas económicas destinadas a crear puestos de trabajo y a reparar infraestructuras decadentes, cierre de Guantánamo, fin de las innecesarias e injustas guerras que la Administración de George W. Bush había desencadenado sin poder ganar.

Cuando Obama asumió sus funciones, la mayoría de los politólogos comparó su situación con la que habían heredado otros dos presidentes memorables: Franklin Roosevelt y Ronald Reagan. Ambos habían llegado al poder en un contexto de crisis, sosteniendo que las turbulencias presentes eran responsabilidad de sus predecesores y que sólo una política realmente nueva podría terminar con ellas. Los "primeros cien días" de Roosevelt presencia-



MERY SALES. *Ver para creer*

ron el surgimiento de un amplio abanico de medidas que rompían con el libre comercio y la protección de las grandes fortunas que habían sumido al país en el desastre de 1929. Si bien es-

tas orientaciones iniciales no fueron suficientes para detener la Gran Depresión, sentaron las bases para un "segundo New Deal", sinónimo de una prosperidad recobrada, un crecimiento sostenible y una redistribución (parcial) de las riquezas en favor de los pobres y las clases medias.

A contrapelo de esta política, las acciones de Ronald Reagan a principios de los años 1980 también impresionaron por su carácter voluntarista y sin concesiones. Frente a una recesión breve pero brutal, que había llevado la tasa de desocupación a más del 10% y había generado una inflación de dos dígitos, el hombre del regreso a la "grandeza americana" ("America is back") repitió una y otra vez que la redistribución del New Deal había bloqueado las iniciativas individuales. Al reiterar que "el Estado [era] el problema, no la solución", limitó el debate público con el fin de imponer recortes masivos de impuestos, recortes al gasto público y una desregulación cuyos efectos aún se hacen sentir. Salvo los dos primeros años de la presidencia de William Clinton (1993-1995), la mayoría política conservadora ancló a Estados Unidos en la derecha durante un cuarto de siglo (2).

Al igual que Roosevelt y Reagan, el presidente Obama podría haber argumentado que un cambio radical de orientación no era una opción sino una necesidad. Podría haber sacado ventan-

ta del profundo descrédito de los republicanos para llevarlos a su propio terreno. No lo hizo, pues prefirió jugar al mediador, con una cortesía exquisita y la preocupación constante de no irritar a sus adversarios. En otras palabras, quiso negociar el cambio, en lugar de impulsararlo.

Observemos, por ejemplo, con cuánta consideración trató la nueva administración al sector financiero, a pesar de haber sido responsable de la gran crisis de 2008. En el momento en que Obama asume la presidencia, la exasperación ante las bonificaciones cobradas por los titanes de Wall Street y los extraordinarios gastos que destinó el Estado para el rescate de los bancos de inversión y sus clientes adinerados nunca había sido tan unánime ni tan palpable. Los dirigentes habían enriquecido notablemente a los más ricos, más que en cualquier otro país democrático, cosechando un cambio un excedente de mortíferos productos financieros. Como una fruta madura que espera a ser recogida, la oportunidad de relacionar las desigualdades sociales con una industria bancaria que caminaba hacia el colapso estaba al alcance de la mano. Era el momento de pasar a la ofensiva.

Sin embargo, en lugar de castigar al régimen neoliberal por el desastre que había provocado, Obama hizo la vista gorda. Para administrar la economía, se apresuró a convocar a dos figuras de Wall Street, Larry Summers y

RESACA ELECTORAL PARA

La ocasión perdida



MERY SAILES Umbria

inteligencia a través del territorio español”, dice en un cable del 9 de junio de 2006 el embajador Aguirre. “Zaragoza tiene una estrategia para torcer el brazo a Garzón en el ‘caso Guantánamo’, se lee en un cable del 4 de mayo de 2009, cuando ya Aguirre había sido sustituido por el actual embajador, Alan Solomont.

Conde-Pumpido firmó en abril de 2010 con su homólogo estadounidense Eric Holder, el Memorando de Entendimiento entre ambas fiscalías, que ampara en los hechos actos de sumisión como los descritos.

Los cables de Wikileaks muestran cómo, en esas tres causas judiciales abiertas en España, que molestaban a EE UU, las presiones del Gobierno

Obama sobre el de Zapatero fueron similares a las que ya venía ejerciendo la Administración Bush.

Cuando llegó Barack Obama al poder, algunos analistas predijeron que Zapatero intentaría tener con él la excelente relación que tuvieron en los años 1990 Felipe González y Bill Clinton, y que permitió, entre otras cosas, la firma en Sevilla de la que se llamó Nueva Agenda Transatlántica. Sin embargo, salvo las formas, un “talante” similar de Obama y Zapatero, nada parece haber variado sustancialmente en las relaciones entre España y Estados Unidos desde el cambio de inquilino en la Casa Blanca.

Tras el primer encuentro entre Zapatero y el embajador Solomont en La Moncloa, en enero de

2010, éste envió un mensaje importante a Washington: “España está abierta a incrementar la presencia de Estados Unidos en la base naval de Rota para que sirva a los objetivos del AFRICOM” (10). El AFRICOM es el sexto mando militar regional del Pentágono centrado en operaciones en África. En realidad, desde 2007, el embajador Aguirre venía negociando la posibilidad de que la base de Rota albergara “un componente del AFRICOM, el centro conjunto de operaciones de inteligencia”.

Moratinos y Alonso se habían mostrado en 2008 entusiasmados con esa posibilidad, según el embajador. En la primavera de 2010, España participaba ya junto a Estados Unidos y varios países del norte de África en las maniobras militares antiterroristas Flintlock organizada por el AFRICOM.

Para EE UU, la situación geográfica de España y su relación privilegiada con Marruecos la convierten en protagonista de primer orden para la lucha antiterrorista y contra el crimen organizado en el Mediterráneo. Máxime cuando cables de la embajada fechados desde 2007 hasta marzo de 2010 ponen la lupa sobre Catalunya, al considerarla “el mayor centro mediterráneo del yihadismo”. Y fue esa razón la que decidió a Estados Unidos a montar, en 2008, un centro de espionaje importante en su Consulado de Barcelona.

El único punto de fricción con la Administración Obama se produjo poco después de llegar éste al poder, cuando el Gobierno español anunció la retirada de sus tropas de Kosovo. A pesar de que España había adelantado en 2008 esa decisión, el vicepresidente Joseph Biden reprendió a Zapatero. Según un cable de la embajada estadounidense en Chile —el 201269, del 7 de abril de 2009—, país donde ambos se vieron, Biden le recriminó por no haber avisado antes a Washington. Acto seguido, sin embargo, Biden dijo: “La relación bilateral con España supera cualquier desencuentro sobre Kosovo”.

La Administración Obama sintió también un gran alivio cuando el Parlamento español aprobó, en 2009 recortar drásticamente el principio de jurisdicción universal, tan valorado por los defensores de los derechos humanos en todo el mundo y que había permitido juzgar a dictadu-

ras de varios países. Era una batalla por la que luchaba la embajada estadounidense, como se ve en varios cables, dado que afectaba directamente a las causas abiertas en España contra militares estadounidenses.

El presidente español parece insistir en su política complaciente con Obama, pese a que esto lo ha llevado hasta ahora no a un trato de igualdad entre ambos países, sino a ceder y ceder ante las presiones de EEUU en todos los terrenos.

Así Obama pidió a Zapatero más tropas para Afganistán y éste las envió sin dudar —en 2006 había 1 500 soldados españoles y hoy 3 000—; lo llamó personalmente en mayo pasado para irle a aplicar un plan de ajuste económico y financiero drástico y cuando el presidente español lo llevó adelante lo volvió a llamar para manifestarle su beneplácito. Zapatero no consiguió sin embargo intensificar las relaciones comerciales de España con Estados Unidos, que siempre han sido débiles, ni pudo comprometer a Obama en su Alianza de Civilizaciones, ni ha logrado arrancarle reivindicaciones como la de que Washington se haga cargo de parte de los costes de limpiar los 50 000 metros contaminados con plutonio en Palomares por el accidente nuclear de 1966.

Pero si es innegable que algo importante en a Zapatero con Obama son sus giros a la derecha, sus respectivas caídas en picado de popularidad y el oscuro panorama que se les abre para ser relegados en las elecciones que tanto Estados Unidos como España celebrarán en 2012. ■

© LMD EN ESPAÑOL
ROBERTO MONTOYA

- (1) <http://wikileaks.org>
- (2) <http://213.251.145.96/cable/2004/02/04MADRID527.html>
- (3) <http://213.251.145.96/cable/2005/01/04MADRID960.html>
- (4) Manuel Azcárate, “La percepción española de Estados Unidos”, *Leviatán*, n. 33, otoño 1988.
- (5) http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/riecano/contento?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/eeuudialogo-trasatlantico/dt22-2003
- (6) <http://213.251.145.96/cable/2004/03/04MADRID960.html>
- (7) <http://213.251.145.96/cable/2005/01/05MADRID171.html>
- (8) Cable 150038 del 16 de abril de 2008.
- (9) Cables 86734, 95027, 170849, 131247, 22850 y 24740.
- (10) *El País*, 8 de diciembre de 2010.

EL PARTIDO DEMÓCRATA

del presidente Obama

Timothy Geithner. Ambos cargaban con parte importante de la responsabilidad de las decisiones que habían llevado al país contra las cuerdas, cuando otros economistas favorables a medidas progresistas, como Paul Krugman o Joseph Stiglitz, fueron descartados por el nuevo gobierno. Obama y sus asesores continuaron con la muy impopular política del rescate bancario impulsada por la administración Bush, sin modificarla de manera significativa.

Si el programa de rescate de bancos elaborado a finales de 2008 desencadenó una ola de ira en todo el país, en parte fue porque dejaba al descubierto que las exigencias de las “vacas sagradas” pesaban más que las necesidades de sus víctimas. La mayoría de las instituciones alimentadas por el Tesoro Público no tuvo que esperar demasiado antes de volver a ver ganancias récord. En octubre de 2010, la agencia Bloomberg anunció que Goldman Sachs había acopiado el dinero suficiente como para pagar una bonificación de 370 706 dólares de media a cada uno de sus empleados. Como el cálculo incluía a los empleados de base —de sueldos menos fastuosos—, resulta evidente que los directivos de estas firmas cobraron sumas mucho más altas (3).

El trabajador medio no salió tan bien parado. La tasa de desocupación subió al 10% desde que Obama ocupa

el sillón de la Casa Blanca (en el caso de los negros de más de 20 años, la proporción alcanza el 17%). De todas formas, estas cifras no dan cuenta de quienes han perdido las esperanzas: por ejemplo, un estudio reciente mostró que, en 2009, el 53% de la población negra de Milwaukee (y el 22% de la población blanca) estaba desocupada (4). Los embargos hipotecarios, los ahorros esfumados en el aire y una profunda inseguridad social se han convertido en la norma. Las medidas que prometió Obama para ayudar a los pequeños propietarios hipotecados a renegociar su deuda ante los bancos rescatados por el contribuyente se mostraron cruelmente insuficientes.

¿Qué hizo el gobierno para mejorar la suerte del hombre común? Hasta la fecha, su mayor hazaña es haber gastado 787 000 millones de dólares en el invierno boreal de 2009 para estimular la recuperación económica. Durante su campaña de mitad de mandato, Obama y los demócratas alegaron que los estadounidenses estarían aún peor si no se hubiera puesto en marcha ese “paquete” y que, por ejemplo, ya no existiría la industria automotriz. En vistas del número de votantes que no se siente mejor que hace dos años, los republicanos tuvieron el campo libre para argumentar que lo único que había hecho la montaña de miles de millones había sido inflar el nivel de la deuda pública.

El fracaso (relativo) de esta recuperación a través del gasto ejemplifica la negativa de Obama a defender alto y claro las convicciones por las que había sido elegido. Si bien es cierto que la reforma financiera introdujo algunas mejoras menores en un sistema calamitoso, no logró emendar el sistema del “demasiado grande para quebrar” que impulsó a tantos establecimientos financieros a volverse cada vez más codiciosos. En realidad, las nuevas leyes vuelven la economía aun más dependiente de los grandes bancos que en 2008, cuando estos, menos numerosos, acrecentaron su poder.

Esta búsqueda desesperada del consenso se manifiesta también en el principal logro político de Obama: la reforma del sistema de salud (5). Un periodista de *Rolling Stone*, Matt Taibbi, señaló el fracaso estratégico del Gobierno en este tema: al renunciar desde un comienzo a la opción de una cobertura médica única, incluso antes de que comenzaran las negociaciones, el Estado se privó del más mínimo margen de maniobra para construir un sistema accesible de Seguridad Social pública. El resultado es una reforma basada en el principio del “mandato individual”, que obliga a cada individuo a firmar una póliza privada, sin importar el costo ni la calidad, una redistribución poco equitativa, considerada inconstitucional por los conservadores (6). Veinte Estados pre-

sentaron una demanda ante la justicia en contra de estas nuevas disposiciones y varios gobernadores republicanos (cuyo número aumentó desde el 2 de noviembre) ya anunciaron que se negarían a aplicarlas. Aunque los partidarios de la reforma se cansan de repetir que creará las condiciones para un sistema más solidario, no se dice que vaya a sobrevivir al primer mandato de Obama.

No es de sorprender, entonces, que algunos de los jóvenes votantes, ayer tan entusiastas, hayan faltado a las urnas (los jóvenes de 18 a 29 años sólo alcanzaron el 11% del electorado el 2 de noviembre de 2010, frente al 18% de dos años atrás). El estancamiento económico tuvo un impacto devastador en los menores de 24 años recién egresados de la universidad, ya que su tasa de desocupación escaló del 3% en diciembre de 2007 a casi el 10% en el otoño de este año. Y siempre sin el más mínimo programa a la vista para ayudarlos a poner un pie en el estribo. También fallaron las reformas prometidas respecto de los medios de comunicación e Internet, que los jóvenes habían recibido con especial interés. Sin embargo, el candidato Obama había proclamado su adhesión a la idea de la neutralidad de la Web, es decir, a la posibilidad de que todos tuvieran derecho a acceder a ella, sin ningún tipo de discriminación. Asimismo, se había comprometido a in-

vertir en los servicios de Internet por banda ancha para que los estadounidenses, que pagan más que los europeos por un servicio de calidad inferior, pudieran superar su retraso en esta materia. Pero la Comisión Federal de Comunicaciones, dirigida por su ex compañero de universidad, Julius Genachowski, adoptó el mismo espíritu que la nueva administración y se volcó a infinitas negociaciones bilaterales, mostrándose más conciliadora ante los operadores que ante los consumidores.

La campaña de Obama había dado nuevos ánimos a los estadounidenses progresistas. Pero el vencedor descuidó el movimiento de masas que lo había ayudado a triunfar. Muchos de sus antiguos seguidores le hicieron saber que ya no podía contar con ellos. ■

ERIC KLINENBERG Y JEFF MANZA

- (1) Véase Jerome Karabel, “Más allá del voto Obama”, *Le Monde diplomatique* en español, enero de 2009.
- (2) Esta tendencia no necesariamente significó que hubiera una mayoría parlamentaria republicana, dado que, desde el bando demócrata, varias decenas de diputados —muchas veces del Sur— apoyaron las principales políticas de Ronald Reagan y luego de George Bush, padre e hijo.
- (3) Bloomberg, 27 de octubre de 2010.
- (4) Véase “Study shows Milwaukee unemployment for black men at record high”, *The Badger Herald*, 25 de octubre de 2010 (<http://badgerherald.com>).
- (5) Véase Olivier Appaix, “Quand les États-Unis se refont une santé”, *Le Monde diplomatique*, París, mayo de 2010.
- (6) Matt Taibbi, “Sick and Wrong”, *Rolling Stone*, 5 de abril de 2010 (www.rollingstone.com).